



# Manuel Longares

## El oído absoluto



MANUEL LONGARES

# El oído absoluto

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril 2016

© Manuel Longares, 2016  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: Maria Garcia  
Impresión y encuadernación: Rodesa  
Depósito legal: B. 6407-2016  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-84-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Posee oído absoluto para la música el que identifica por su nota la sonoridad que percibe. Es decir, el capaz de distinguir lo auténtico.*

A la llamada del timbre, Palmira abrió la puerta y los encargados de la mudanza la saludaron como una coral que impartiera pésames a domicilio. El calvo sostenía sin dificultad la escalera de mano, pero el otro, gordito, se agobiaba con las planchas de cartón y el rollo de cuerda. Palmira, que les esperaba desde primera hora de la mañana, los guió a una rotonda atestada de libros donde dos ventanales quebraban la continuidad de las estanterías.

Mientras los hombres convertían los cartones en cajas –entre reproches y amenazas, pues se mostraban desavenidos–, Palmira se refugió en el cuarto donde murió su primo Máximo. Pero cuando empezaron a caer los libros en las cajas como si echaran tierra sobre el ataúd cerrado del difunto, se alejó a la cocina. Desazonada, fregó la taza y la cuchara del desayuno, puso unas lentejas en agua y revisó el contenido del frigorífico por si necesitaba ir al mercado.

Almorzó a hurtadillas y cuando los tipos de la mudanza se marcharon, renegando el uno del otro, regresó a la rotonda. Las cajas repletas de volúmenes, precintadas y atadas, entorpecían el tránsito. Los anaqueles vacíos de la biblioteca y el suelo deslucido y con colillas la deprimieron. Y ante la degradación de ese salón de lectura, que era el principal de la casa, se echó a llorar.

–Si lo viera Máximo –repetía.

El primo Máximo había vendido la biblioteca al Ayuntamiento de su pueblo para pagar los gastos de su enfermedad. Pero durante la negociación no fue tan exigente en sus

pretensiones económicas como en aplazar el traspaso a su fallecimiento. Ya con un pie en el estribo –enfaticaba a su prima–, le dolía separarse de sus libros. Y las autoridades de Pagán accedieron al capricho de aquel paisano que más parecía en el otro mundo que en éste.

«En la villa de Pagán –les asignaba el anónimo–, muchos piden, pocos dan.»

Entretanto, Palmira se empeñó en forrar los libros de blanco. Actuaba sin consultarlo con su primo, persiguiendo una simetría que a su juicio revalorizaba el conjunto. Pero cuando Máximo alcanzó un acuerdo con los compradores, Palmira renunció a su tarea. Era absurdo reanudarla –consideró–, si no influía en el precio. Y desde entonces la biblioteca de la rotonda, uniformada a medias, presentaba el aspecto de un traje con parches.

No se enteró Máximo de esta iniciativa de su prima. Con el agravamiento de su dolencia pasaba acostado la mayor parte del tiempo y cuando Palmira lo levantaba de la cama y lo conducía a pasitos al sofá de la rotonda, le faltaba vista –y curiosidad– para descubrir los cambios de su biblioteca. En el sector ubicado entre los ventanales, elegía Palmira uno de esos tomos que ella había vestido de dominico y le leía un fragmento:

*Hoy ha muerto mamá. O quizá ayer. No lo sé. Recibí un telegrama del asilo...*

Pero así escogiera para entretenerlo literatura contemporánea o clásica...

*La Aurora, de azafranado velo, de las corrientes de Océano se levantaba para proporcionar luz a los inmortales y a los humanos...*

...a Máximo sólo le interesaba el cuaderno en el que hablaba de su padre, el poeta Max Bru. Lo tuvo en su mesilla de noche mientras gozó de salud y pudo escribir en él robando horas al sueño, pero cuando enfermó y la invasión de medicinas transformó su dormitorio en un hospital de campaña, el cuaderno fue llevado a la biblioteca de la rotonda y

no para usarlo él, pues ya no podía valerle, sino para que Palmira anotara en sus hojas lo que él decía.

Máximo estuvo dictando a Palmira hasta que le fallaron las fuerzas. Receloso de su memoria –porque lo desamparaba a mitad de una frase incitándolo a peregrinar tras la referencia extraviada como ciego sin lazarillo–, fiaba al sentido común de su interlocutora la coherencia de su discurso y, con ello, la posibilidad de editarlo el día de mañana.

–Entrégaselo a Esquivias –sugería–. No pagará mucho, pero cumple.

La muerte de Máximo estancaba el proyecto y el cuaderno se cubría de polvo en su anaquel. Los operarios debieron excluirlo de la mudanza por no tener formato de libro. Palmira lo limpió por encima. Para su sorpresa, no era el que había manejado: una letra diminuta reemplazaba a la suya.

«En el nombre de Max Bru –leyó en la primera página–, poeta por la gracia de Dios.»

Palmira midió la consistencia del cuaderno, algo más grueso que el utilizado por Máximo y ella. ¿Estaba ante las Memorias del padre de Máximo?

«Una joven me cuidó de niño, aunque yo la cuidaba más –comenzaba el texto–. Por delicada y compasiva, no me apartaba de su lado. Con el candor de la infancia le juré fidelidad eterna y una mañana la encontraron muerta en su cama. Se había ido sin avisarme y, tal vez, sin darse cuenta: su cara no reflejaba el sufrimiento de los que la sobrevivimos.»

–Primer amor, primer dolor –murmuró Palmira–. Y primer chasco, también.

«De su ausencia no me consoló el paso de los años sino la que me robó el corazón. Su estampa me obsesiona día y noche, cuando cierro los ojos y cuando despierto, pero mi cuerpo gastado no responde a su hechizo.»

–¡Cuánto habría disfrutado Máximo con las Memorias de su padre! –especuló Palmira.

«A los acordes del pianista endereza la figura y al vaivén de sus tacones cimbreas las caderas y modula el arabesco de

las manos. Y con el resplandor de los bienaventurados se desliza sobre los algodones del cielo de tal modo que desearla duele.»

—El padre no quiso dar sus Memorias al hijo —recordó Palmira—. Le avergonzaban.

«¡Adiós al garbo que promovía el donaire! La enfermera de este pabellón de desahuciados ciñe a mi cuello una sábana, me enjabona la cara y afila la navaja. Ante su anatomía sin relieve (de tanta penitencia las samaritanas están en los huesos), añoro el estímulo de las impuras. Y así, mientras me afeita, sitúo a la bailaora de mis fantasías sobre el palpitante tablado...»

—El que trajo las Memorias del padre me quitó las del hijo —intuyó Palmira.

Aburrida, puso la televisión. Retransmitían una comedia rusa de la época zarista, en la que unos terratenientes de trajes frescos y sombreros de paja abandonaban la casa de campo familiar donde transcurrieron sus vacaciones de verano. Bajo la lluvia de otoño arrancaba su carruaje entre adioses y agitar de pañuelos, cuando un criado mayor y algo enfermo reclamaba formar parte de la expedición. Desde una ventana de la finca planteaba a sus señores si el acto de dejarlo en tierra constituía una broma o un despiste, ya que no podía comprender que regresaran a la capital de Rusia sin servidumbre. Pero el conductor, en vez de atender al quejoso e incorporarlo a la comitiva, proseguía su camino e incluso aceleraba, como si lo rehuyese. Inquieto, el criado llamaba a sus amos por su nombre de pila, y con la confianza de haberlos visto nacer les preguntaba si lo privaban del viaje de vuelta en castigo a su comportamiento en la ida. Pero desde esa ventana que utilizaba como plataforma de su elocuencia y por más que se desgañitara, no debían de llegar sus palabras al coche, o sus superiores se abstenían de comentarlas, por lo que el criado, al notarse tan distante de ellos como de su carruaje y muy cerca de perder el tesoro de su aprecio, sacaba fuerzas de flaqueza para requerirles, con la

voz más patética de su registro, que no prescindieran de él, porque si lo confinaban hasta el verano próximo en esa casa de campo donde no había señores a los que cuidar, quedaría a merced del capataz y de su pelotón de carniceros que todas las mañanas salían a pelear con las fieras del bosque. El criado rogaba a sus amos que por su buena conducta le evitaran ese suplicio. Y como no demandaba un imposible ni iba a ser el primer indultado de la historia, ante la eventualidad de que dieran marcha atrás y se avinieran a recogerlo no se apartaba de la ventana, abierta de par en par pese a la baja temperatura. Reconocía el criado que si esta contrariedad le hubiera pillado de mozo, en vez de cruzarse de brazos hasta que lo rehabilitaran, habría ensillado el caballo y peregrinado a Moscú, para obtener la gracia de sus jefes. Pero a estas alturas de la vida, los minuciosos achaques de la vejez le incapacitaban para galopadas, detestaba la humedad, le destemplaba el frío y, como el mal tiempo le arrebatava oyentes, elevaba sus cuitas al cielo encapotado tensando el cuello a la manera del perro cuando gime, hasta que se le quebraba la garganta o le atascaba la tos. Entonces, para alardear de agilidad aunque las articulaciones le martirizaban, y como si gozara de facultades para percibir lo que nadie captaba a simple vista, fijaba su mirada en la senda por donde desaparecieron esos viajeros que eran sus amos, a los que había consagrado su existencia y sin los cuales no entendía el mundo, y movía la mano de un lado a otro en un saludo al horizonte que lo mismo quería decir bienvenidos que hasta siempre. Razonablemente esperanzado en que acabarían acercándose por la misma ruta por la que se fueron, fantaseaba desde su improvisado púlpito con que pisarían la finca entre fanfarrias y le besarían como él los besó de críos, cuando los acunaba para que durmieran o cesaran de llorar. Ilusionado con esta bienvenida y como no tenía en qué distraerse, le impacientaba la tardanza de sus bienhechores. Pero a medida que pasaban las horas y persistía la lluvia y cerraba la noche y la luna rehusaba posarse en un firmamen-

to tan negro y ni un aullido ni un ladrido ni un gorjeo ni un relincho –y tampoco el arrastrar de una pezuña o el rodar de una carreta– osaban romper el pavoroso silencio de la llanura, le ganaba el desaliento. Durante muchos años había sido indispensable en la cocina, en los establos y en los juegos de salón, donde acertaba todas las adivinanzas, pero hoy nadie contaba con él ni para la encomienda más trivial. Era un rechazo instintivo y más inapelable que si estuviera motivado. Y es que su avanzada edad lo invalidaba para cualquier misión, por lo que, antes que reivindicar el favor de sus amos, debía aceptar su declive.

–Soy un inútil –se resignaba–. ¿Quién me va a contratar débil y achacoso?

Coherentemente, cerraba la ventana, se ajustaba la chaqueta y con una luz se guiaba por el interior del caserón. Atravesaba los aposentos de los amos y las diminutas celdas de los siervos sin cruzarse con nadie, pero ya en la gran sala, donde la desidia impregnaba lámparas y cortinas, revivía las veladas veraniegas de su juventud, cuando el pianista tocaba polonesas en el jardín de los cerezos, los camareros descorchaban champán y las doncellas se sonrojaban con las agudezas de los brigadieres.

–Sé que aspiro a un imposible, Aleksandra Fiodorovna, pero estoy enamorado de usted.

Y abrazado al espejismo de risas y piropos, bailaba con la soltura de los valseadores de Viena en el siglo en que todavía se guardaban las formas.

–Respetuosamente se lo propongo, Aleksandra Fiodorovna, ¡huyamos a París!

–Ya salió París –refunfuñó Palmira–. ¡Qué tendrá París para trastornar a la gente!

Y desentendiéndose de la televisión, repasó lo que le faltaba por hacer en el piso de Máximo: fregar baldosas y azulejos, barnizar las baldas de la librería, vigilar a pintores y acuchilladores, almacenar en el guardamuebles lo que no se regalaba a la parroquia, enviar a Pagán la biblioteca de su

primo y editar con Esquivias las Memorias del padre y del hijo...

–Un engorro –sentenció, a la vez que el criado ruso se trastabillaba en un giro de vals.

Hoy sólo los criados de comedia morían de viejos en casa de sus señores. Palmira se imaginó entre aquellas paredes, alimentando anécdotas de fantasmas y de herencias y se conjuró a liquidar cuanto antes sus compromisos y escapar unos días a cualquier lugar del mundo menos a París, ciertamente.

–¡Adiós libros y fantasías de sedentario, adiós, biblioteca de Máximo, adiós!

En la televisión, unos hachazos en el jardín de los cerezos interrumpían la condescendencia del criado nostálgico con el vals y los amores heroicos.

–Nadie me informó de esto –se sorprendía el viejo criado–. Y querrán que lo solucione.

Pero no salía a negociar con los leñadores porque los amos habían echado la llave de la puerta.

–Me encerraron –se desmoralizaba–. No vendrán a salvarme del capataz.

Y en el destartalado salón donde había rescatado su época dorada, temblaba al oír los golpes de la piqueta, como si hubiera unido su destino al de los cerezos sacrificados.

–Resistiré la soledad –se decía–. Resistiré entre las ruinas del esplendor.

Y reanudaba los revoloteos postreros del vals, los más imponentes y marciales...

–... Adiós, mi dulce, mi maravillosa Aleksandra Fiodorovna.

Trastornado por el torbellino de la música y con la fatiga en el pecho...

–Adiós mi juventud, mi felicidad...

... se recostaba en el diván más próximo a la chimenea, donde crepitaba el primer fuego de otoño.

–La vida se me fue –susurraba–, *se me figura que no la he vivido...*

Y mientras el criado se apagaba en la casa de campo de sus señores...

*–Ya no me queda espíritu –desvariaba–, ya no me queda nada de nada...*

...Palmira dormía con la televisión encendida entre las ruinas del salón de lectura.

Días después, a bordo del camión que transportaba a Pagán la biblioteca de Máximo, y para distraer de su interminable trifulca a los dos operarios de la mudanza, el calvo y el gordito, Palmira refirió lo que le había contado su primo: que unos años antes de que él naciera, paseó por las calles de Pagán y alternó con sus vecinos el mejor escritor de la Madre Patria.

—El número uno —pontificó, convencida de no suscitar equívoco ni polémica en gentes tan acostumbradas a manejar libros como los empleados de la mudanza.

El escritor no acudía a Pagán a un acto relacionado con su actividad literaria, sino a la cacería organizada en sus dominios por el ilustre paisajista Belvis, el patriarca de sólo dos ideas, pero revolucionarias, que felicitaba las Pascuas a sus amigos de la capital con unas aleluyas al dorso de su fotografía firmada, con chaquetilla torera y castoreño, ante un horizonte de encinas.

—Pegas dos pepinazos y te largas —decían que le dijo Belvis para persuadirlo.

El escritor se alojó en la casa rural del patriarca, donde fue agasajado a cuerpo de rey. Y por esa resonancia que adquieren los sucesos en un lugar pequeño —comentaba Máximo a Palmira—, todos los que no habían leído sus libros quisieron estrechar la mano que los escribió e incluso los sordos jalearon su disertación, improvisada ante unas migas y un clarete, sobre el ansia de los escopeteros cuando el vuelo de la perdiz incendia de ladridos el alba.

Unos y otros aplaudieron sus palabras al apearse del automóvil que lo trajo desde Madrid –*Salutem plurimam!*, vocó el mejor escritor de la Madre Patria a la inmensa minoría que fue a recibirle– y su alusión a la avena loca del Arcipreste –¿o sobre la mixomatosis?– en el banquete de despedida, principio y fin de una estancia que no todos los paganienses concebían del mismo modo. Porque cuando en el Ayuntamiento se planteó mostrarle las maravillas de Pagán y sus contornos, mientras los librepensadores pretendían conducirlo en asno entre vivas y trágalas por los tramos más pintorescos de la avenida Ancha, aseada por las comadres, los reaccionarios proponían encaramarlo a las andas de Nuestra Señora de las Nieves para que se le pegase algo de santidad.

–El mejor escritor de la Madre Patria –reiteró Palmira–. Tengo su nombre en la punta de la lengua...

En vano esperó que sus compañeros de ruta se lo revelasen, porque estaban más atentos a soltarse pullas que al escalafón del Parnaso.

–El canon-non –concretó Palmira acordándose de conversaciones con Máximo.

Ya había regresado a Madrid el primer escritor de la Madre Patria y aún debatían en el pueblo si hubiera sido preferible pasearlo en carro o en borrico, cuando corrió la voz de que a Pagán no había venido él, sino un señor menos importante y acaso sin relación con la literatura, quizá un charlista –¿o un representante de comercio?– que en el movimiento de ladearse el sombrero se daba un aire con el auténtico.

Hasta entonces nadie dudaba de su identidad. Es más, los que le vieron protegerse del sol aseguraban que no había en el mundo un intelectual capaz de desbancarlo. Porque nadie igualaba su aspaviento de aplicar una toba al ala del sombrero para que resbalase como una persiana sobre la sien.

Pero su afabilidad con los vecinos de Pagán, sin molestarse porque desconocieran su obra y los rudimentos del oficio literario, hizo sospechar a la gente de iglesia –con la

caridad de las almas de Dios— que si el visitante se había comportado con ellos de forma normal y corriente, y sin afectación ni endiosamiento, es que no era escritor ni se dedicaba a la literatura.

Acaso se tratara de un buscavidas, concedían, de los que van por las ferias haciendo parodia de los famosos; mas no del artífice de esas piezas mayores de la dialéctica que calaban en parlamentarios y ministros de la capital del Reino a modo de torpedos en la línea de flotación de la nave del Estado, para comidilla de las tertulias diseminadas por los cafés de la calle de Alcalá, entre la Puerta del Sol y el templo zarzuelero del Apolo, tal vez con el perro Paco de convidado de piedra en Fornos.

Sorprendía que ese ingenio al que se disputaban academias, ateneos y las tribunas más sofisticadas, ese paladín del cosmopolitismo que en cuanto abría la boca dejaba con la boca abierta a catedráticos, usuarios de tranvías y clientes de los reservados disolutos, eligiera una aldea ubicada donde Cristo dio las tres voces para patear su perímetro, probar sus caldos, zumbarse dos conejos y pegar la hebra con sus naturales mientras tiraba de petaca y se fumaba un pito.

Y es que esos pasatiempos estaban prohibidos al mejor escritor de la Madre Patria. Y no por animosidad a la gente del campo, ya que departir con el vulgo alimentaba su egolatría, sino porque su compromiso con la Historia le impedía dar tregua a su pluma y al gemir de las imprentas. Pues cuando un hombre de letras aspira a despertar a su patria de su heroica siesta —sentenciaban los suspicaces—, no debe permitirse ni una cabezadita.

Por estos argumentos dedujeron los paganienses que no había estado con ellos el personaje anunciado, aunque se acicalara con la gracia de un chulo de toriles. Y siempre que Belvis se oponía a este malentendido —pues sabía mejor que nadie que fue el mejor escritor de la Madre Patria y no un doble el que se instaló en su hogar, probó su comida y durmió bajo su techo—, los beatos le acusaban de propagar un bulo

que convertía a los crédulos en mentirosos y denunciaban la complicidad del laureado escritor con la superchería.

—Este forastero sólo causó problemas —decían ahora los que más le adularon.

Llegó la guerra civil (1936-1939) y durante la infausta posguerra del caudillaje cayó el silencio en Pagán sobre el mejor escritor de la Madre Patria. En la escuela dejaron de enseñar sus teorías, en la parroquia las impugnaron, los que rememoraban sus dichos callaron y los que tenían fotos suyas las escondieron.

—Nadie se atrevía a mencionarlo —observó Palmira—. Peor que si fuera el demonio.

Al hilo de su relato temió Palmira que los receptores de la biblioteca de Máximo se negasen a acoger las obras del proscrito. Una forma de evitarlo —sugirió mientras el camión entraba en el pueblo con la cautela del que teme una recepción hostil— sería forrar la portada de sus libros. Pero difícilmente los encontraría Palmira en aquel laberinto de cajas si no recordaba sus títulos o el nombre de su autor.

—¿Cómo se llamaba ese escritor? —instó a los encargados de la mudanza—. El mejor de la Madre Patria...

—¡Fumanchú! —cantó el gordito para romper la tensión con sus acompañantes.

Palmira y el conductor del camión censuraron su frivolidad. Luego se concentraron en aparcar el vehículo junto a la biblioteca del municipio.

—No va más —afirmó el conductor al rematar la manobra; y el gordito, que la orientó desde la acera, apuntaló:

—¡Ni menos!

Por aquellos terrenos que pertenecieron al patriarca Belvis y donde Máximo vino al mundo, anduvo de caza el mejor escritor de la Madre Patria. No existe en el pueblo placa o escultura que lo conmemore ni quedan testigos del acontecimiento. Máximo lo criticó hasta que su enfermedad le privó de articular palabras y sólo emitía el enigma que mojaba sus labios de espuma:

–Agrrr... Agrrrrrrrrr...

Un mensaje que Palmira no lograba desentrañar ni arriando su oreja a la cara de su primo, crispada por el esfuerzo de hacerse entender:

–Agrrrrr... Agrrr...

Con Máximo desaparecía un lector, pero no sus libros. Las cajas de las que iban a ser extraídos para catalogarlos y alinearlos en las baldas correspondientes, se apilaron en una sala de la biblioteca pública de Pagán desde la que se veía el cementerio municipal y la tumba de Máximo.

–De noche, cuando nadie vigile –fabuló Palmira–, mi primo se acercará aquí a leer.

A riesgo de que la tomaran por loca, insistió al responsable del Ayuntamiento:

–Si nota que le faltan libros, es que se los roba el muerto. Y reveló una aspiración de su primo:

–Quería una biblioteca en su sepultura. Lo más a mano posible.

Palmira había conseguido que los trabajadores de la mudanza no se pelearan mientras vaciaban de libros el camión. Pero, terminada la faena y a punto de volver a Madrid, se enzarzaron a puñetazos y patadas por quién era el mejor escritor de la Madre Patria.

–Gumersindo –cacareaba el gordito.

–Hacendoso –proclamaba su contrincante.

–O no lo quieren decir o no lo saben –discurrió Palmira–. ¡Vaya tropa!

–Gasset –aullaba el gordito.

–Ortega –bramaba el calvo.

–Siempre hay bronca en el mundo de las letras –recordó Palmira que decía Máximo.

# Épica

El mejor escritor de la Madre Patria visitó Pagán en el otoño de 1927, cuando la dictadura del militar Primo de Rivera, respaldada por el rey Alfonso XIII, se acercaba a su fin. El patriarca Belvis lo había invitado a una cacería a la que también acudió el padre de Máximo, el poeta que ha pasado a la historia de la literatura hispánica con el nombre de Max Bru.

Entonces Max Bru era el maestro del pueblo –informa la profesora Reina Landete en la única biografía autorizada del poeta, *El autor al desnudo*–. Tenía veintiún años, estaba soltero y en su rostro adusto y escrupulosamente rapado una expresión mortecina denotaba su sufrimiento artístico.

–Ayayay –gemía a sus admiradores–. No te digo lo que hay...

Hijo único de familia pudiente, le correspondía el destino de un señorito en la España levítica: banquetes de copa y puro, tertulia y cinquillo con las fuerzas vivas, siestas de orinal y pijama y veraneos de balneario. Pero Max Bru no se adaptaba a este esquema.

–Rincón pinturero de pintamonas –decía de Pagán sin disimular su repulsa.

Insofiable y altanero, quería irse cuanto antes de su lugar de origen. Con vitola de rebelde recorría las afueras soñando caminos de la tarde. Y su sombría figura inspiraba el trabalenguas de las niñas de la comba:

–*Un don din de la poli politana / un cañón que no sirve para nada...*

Por la Virgen de las Nieves, patrona de la localidad donde nunca había nevado, Max convocaba a los padres de sus alumnos, esos rústicos de carrillos colorados y nariz de pimentón que asistían a la cita de punta en blanco y, algunos, ebrios. Y con el patetismo del cura en Semana Santa, les reñía por apartar del estudio a sus hijos en cuanto adquirían músculo de labradores, algo tan enquistado en aquella sociedad arcaica que nadie lo controvertía o procuraba modificar.

Max Bru mimaba a los aplicados, pero sus intentos de que superasen la frontera de las cuatro reglas no prosperaban. Desalentado, adoctrinaba a los notables del casino sobre los males de la patria y a los menos encopetados sobre la Revolución bolchevique. Y en la madrugada, cuando todos dormían, al amparo de una vela escribía en unas hojas. Porque aquel maestro de primaria era poeta y sus versos, rimados o en blanco, incomodaban tanto a los suyos como sus monsergas regeneracionistas.

*¿Qué es poesía?, dices mientras clavas / en mi pupila tu pupila azul...*

Entre sus incondicionales estaba su vecina Eladia Mansilla, dos años más joven que él. Convencida de que casamiento y mortaja del cielo bajan, se declaraba su musa. Pero esta alianza del artista y su devota, salpicada de suspiros en la sangría del ocaso, la interpretaban ambos de forma diferente: porque mientras ella abogaba por desnudar sus almas, él ni siquiera defendía un matrimonio de conveniencia.

—Un artista no se empareja —sostenía Max Bru—. Casarse es adocenarse.

La cámara fotográfica del patriarca Belvis, paisajista de cerros, montañas y lagos, le retrató con los demás asistentes a la cacería. Eladia Mansilla, la musa de Max Bru, guardó la reliquia en su caja de costura y de ahí la rescató la profesora Landete para ilustrar su biografía de *El autor al desnudo*.

«En torno al automóvil del mejor escritor de la Madre Patria —apunta Landete— posan escopetas, cocineros, cria-

dos y cuatro mastines que se muestran altivos con quien los inmortaliza. El hurraño Max Bru ocupa una esquina en la última fila, casi fuera del encuadre, como si no quisiera ser reconocido por los gacetilleros del sentimiento y los historiadores de la literatura. Pero lo delata su indumentaria, ese luto gratuito (ya que no lo motivaba la defunción de un familiar) que refuerza su porte taciturno. Siempre *de negro hasta los pies vestido*, como pintó el poeta.»

El patriarca Belvis le había pedido que, en su doble faceta de maestro y literato, entretuviese en aquella reunión a su invitado más insigne. Max Bru, que nunca había ido de caza y tampoco preveía hacerlo en esa ocasión, aceptó la encomienda a regañadientes.

—Si te comportas, te colocará en Madrid —le prometió Belvis—. No lo estropees.

Finalizó la batida y el mejor escritor de la Madre Patria regresó a la capital sin concretar ofertas. Y mientras en las cocinas de Pagán se despellejaban las piezas cobradas, bullían las perolas y en las sartenes se sazaban sofritos, Max Bru resumió en un latiguillo su convivencia con el eximio:

—Compartimos la cicuta literaria.

No sedujo esta retórica al patriarca de sólo dos ideas, pero revolucionarias, que le emplazó a responder sin circunloquios:

—¿Cuándo te lleva a Madrid?

—Cuando yo quiera —se ufanó el joven.

Y relató a Belvis el momento estelar de su encuentro. Había guiado al escritor hasta el paraje menos agreste de la finca —ahí donde cantan las aguas bajo la guirnalda del emparrado— y aprovechó que se acomodaba bajo un arbusto para sondearlo sobre la decadencia de Occidente.

—Con la deshumanización del arte —proyectaba decirle—, ¿será el espíritu de la letra el tema de nuestro tiempo?

Y dejaría flotar la interrogación para que el gran pensador sudara la respuesta. Mas, ante la posibilidad de que esquivase una apelación tan franca y pusiese tierra por medio,

Max Bru envolvió su pregunta en la ambigüedad del modernismo:

*—Yo siento / en el alma una alondra cantar: / tu acento. / Margarita, te voy a contar / un cuento.*

Y extendiendo los brazos a la zona donde el mejor escritor de la Madre Patria refrescaba su calva con un pañuelo mojado en el arroyo, añadió entre el estrépito de tiradores y lebreles:

—Resuélvame la incertidumbre, excelencia, ¿qué hace el yo cuando la circunstancia lo asfixia?

No lo dudó su contertulio, que se levantó de su asiento como si ardiera, con el sombrero flamenco y el arma en ristre.

—Pues irse de naja y tomar el olivo —y sacudió sus pantalones con la misma aversión que santa Teresa sus sandalias—. Soltar amarras, hacer fu, salir pitando...

Predicando con el ejemplo, ahuecó el ala hasta separarse un trecho de su interrogador y junto a un *olmo viejo, hendi-do por el rayo y en su mitad podrido*, congregó una tertulia de altos vuelos.

—¡Gálibo! —y con mano lúbrica, el mejor escritor de la Madre Patria dibujaba en el aire ondulaciones femeninas—. ¡Avizoren el gálibo!

Lo vislumbró Max y profetizó a su parentela:

—¡Conquistaré Madrid!

Seca fue la despedida de la gaceta del Ayuntamiento y la hoja parroquial. En una columna, al pie de su figura borrosa, se lee:

«Exiliado».

Más expansivos, sus alumnos celebraron que su profesor cerrase la escuela y se largase con viento fresco. También los padres de Max se congratularon de inmolar a su hijo al lirismo. No sin criterio argumentaban que si fracasaba en Madrid como artista, le darían de comer sus tierras en Pagán.

—¡Serás grande, Max Bru! —le vaticinaba Belvis—. ¡Más que don Ramón y Cajal!

El perspicaz paisajista de cerros, montañas y lagos le apalabró hospedaje en su pensión de costumbre –que no era la Posada del Peine ni la de Tócame Roque, aunque estaba céntrica– y solicitó por carta al mejor escritor de la Madre Patria que lo acogiese en su periódico, de tendencia agnóstica y progresista.

–Si intercede el patriarca, éxito seguro –ponderaban en el pueblo–. Belvis manda en la capital.

Nadie reprobó este plan, afirma la profesora Landete, salvo la musa de Max, Eladia Mansilla que, celosa del gálibo de las madrileñas, repetía abanicando su corazón en ascuas:

–¡De aquí no sales!

Pero el día de la partida, cuando lo vio en el andén de Pagán con el ligero equipaje de los hijos de la mar, se le saltaron las lágrimas. A toda prisa recogió los ahorros de su dote, los puso en su mano y juró que daría su sangre de musa para que él triunfara en el mundo de las letras. Sin decoro, suplicó:

–¡Tómame en volandas, céfiro blando!

Max Bru rehusó:

–¡Me acapara la poesía!

Pitó la locomotora tirando de los vagones, Belvis fotografió la efeméride y los escolares cantaron la despedida a su maestro:

–Gracias por tener / manos creadoras / que enseñan a ser / una gran persona.

Para malestar de sus convecinos, Eladia porfió:

–¡Qué sola me dejas!

Y recordó el poema de amor que Max le dedicó *una noche solemne de junio*:

–«A la fosa te vas, valquiria obtusa, / por la bala de Larra traspasada...»